



1841[®]
books

Haití: Nos atrevemos a ser libres

Una conversación con Camille Chalmers

Cuaderno no. 1
The People's Forum

Haití: Nos atrevemos a ser libres

Una conversación con Camille Chalmers

Cuaderno no. 1
1804 Books de The People's Forum
Marzo 2021

Transcripción y traducción por:
Ana Laura Torres
Laura Lafuente
Marc Wood-Pierre

Diseño gráfico y maquetación por:
Belén Marco Crespo

Prefacio

POR MANU KARUKA

A nombre de 1804 Books

El primero de enero de 1804, los generales del ejército haitiano, liderados por Jean Jacques Dessalines, firmaron la Declaración de la independencia de Haití. Jurando “renunciar para siempre a Francia y morir antes que vivir bajo su dominación”, los generales, en nombre del pueblo haitiano, declararon una lucha en pos de purgar a la sociedad de Haití de la impronta de esclavistas y colonizadores. “¿Cuándo nos cansaremos de respirar el mismo aire que ellos?” preguntó Dessalines. “¿Qué tenemos en común con ese pueblo verdugo?”. Los franceses eran apenas los enemigos más inmediatos de la revolución. Antes de conquistar su independencia, el pueblo haitiano derrotaría también las fuerzas de España y Gran Bretaña. Estos eran los tres imperios más poderosos de Europa. Con la revolución para derrocar la esclavitud y el colonialismo, el pueblo haitiano se lanzó a la lucha contra el imperialismo.

El imperialismo es la captura de recursos —el producto de la tierra y el trabajo— de un lugar para el enriquecimiento de personas de otro lugar. El imperialismo, en esencia, es un método de dominación de clase. Es la forma inicial en la que la clase capitalista estableció su poder y como lo ha mantenido a lo largo de los siglos. En la época de Dessalines, el imperialismo se manifestaba a través del colonialismo y la esclavitud. En nuestros tiempos, el imperialismo continúa con su afán infatigable por tierras y mano de obra baratas. De Camille Chalmers aprendemos que ahora el imperialismo busca en Haití “zonas francas” para la fabricación textil, la agricultura, la minería y el turismo.

Dessalines había advertido a sus compatriotas haitianas y haitianos de los peligros de una contrarrevolución. Los imperialistas y sus agentes, insistía, “no son nuestros hermanos... si encuentran asilo entre nosotros serán los maquinadores de nuestros malestares y nuestras divisiones”. Esclavistas “refugiados” de la colonia de Saint-Domingue encontraron asilo en Estados Unidos, dando inicio al rol permanente de EE. UU. como último refugio de traidores, sinvergüenzas y criminales de guerra. Algunos de estos “refugiados” estuvieron entre los

esclavistas más ricos de Estados Unidos. Intentaron persuadir a los gobiernos de EE. UU. y Francia de que invadieran nuevamente a Haití para reestablecer la esclavitud y recuperar así su propiedad robada. En la época de Dessalines, huyeron a Charleston y New Orleans. Quienes hoy cumplen esta función viven en Miami y Nueva York.

Dessalines instó al pueblo haitiano a “perseguir por siempre a los traidores y a los enemigos de [su] independencia”. El Departamento de Estado de EE. UU. anunció que el mandato de Jovenel Moïse continuaría hasta el 7 de febrero de 2022 y cuestionó a la vez la claridad de la Constitución haitiana de 1987.

No es casual que en medio de los ruidos sobre una “nueva guerra fría” con China, Estados Unidos busca suspender la Constitución haitiana y facilitar una nueva dictadura en Haití, impuesta por escuadrones de la muerte en un reino del terror. Estados Unidos sostiene que está a favor de “elecciones justas y libres” en Haití, pero sus acciones demuestran lo contrario.

Por más de un siglo, un flujo inagotable de migrantes haitianas y haitianos han servido como fuente de mano de obra barata en todo el Caribe, Estados Unidos, Canadá y más allá, llevando consigo la inmensa reserva espiritual de la tradición revolucionaria de Haití. En esta diáspora, el imperialismo ha colaborado generando sus propias sepultureras y sepultureros. Haití está ubicado a medio camino entre Cuba y Venezuela, ambos en firme resistencia contra el asedio brutal de Estados Unidos. En medio de su fracaso abyecto en contener la pandemia de COVID-19, EE. UU. intenta poner en cuarentena y aislar al proceso revolucionario en sí, controlar a Haití para afirmar su comando sobre la comunidad del Caribe.

Dessalines señala que eran los franceses los verdaderos esclavos, habiendo ganado su libertad solo para luego perderla. En su revolución contra el feudalismo, el dominio de señores de la guerra bajo mandato divino, los franceses defendieron el carácter sagrado de la propiedad privada, incluso la propiedad de otros seres humanos. Al sostener la esclavitud en Santo Domingo, los franceses envenenaron fatalmente su propia revolución. Camille Chalmers explica que la derecha extrema haitiana tiene una visión feudal del poder.

En este punto es el reflejo del imperialismo actual, que ha producido mercados de esclavas y esclavos en Libia y la expansión de ISIS a lo largo de Irak y Siria.

En su novela sobre la Revolución haitiana, *El reino de este mundo* (1957), Alejo Carpentier describe el reino de los cielos, donde “no hay grandeza que conquistar” por la “imposibilidad de sacrificio”. La humanidad, escribió, no hallaría allí su máxima medida, sino solamente en el reino de este mundo, “agobiado de penas y tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas”. Las personas sufren, tienen esperanza y se esfuerzan por quienes nunca conocerán, quienes a su vez sufren, tienen esperanza y se esfuerzan por otras y otros desconocidos. Esto, escribió Carpentier, es la grandeza de la humanidad, la grandeza que atestiguamos en el proceso revolucionario de Haití.

El 29 de marzo, la Asamblea Internacional de los Pueblos convocó a las organizaciones populares de todo el mundo a que expresen su solidaridad con la lucha del pueblo haitiano. ¿Qué significa expresar solidaridad? En las primeras etapas de su revolución, el ejército haitiano capturaba barcos de esclavos, liberaba a las africanas y africanos transportados como carga, les alimentaba y curaba, y les organizaba en unidades de combate. A través de este proceso, personas esclavizadas se convertían en revolucionarias y revolucionarios, luchando para seguir libres y luchando para abolir el sistema de esclavitud en sí. Esta historia nos enseña cómo actuar solidariamente con el pueblo haitiano hoy. Liberarnos unas a otros de las cadenas que nos atan. Dotarse mutuamente de las armas que son la toma de conciencia y la organización. Sumarse a la batalla contra nuestro enemigo común: el imperialismo. Como las revolucionarias y revolucionarios de Haití declararon en 1804: “Nos hemos atrevido a ser libres, atrevámonos a serlo para nosotros mismos y por nosotros mismos”.



Introducción

El 15 de febrero 2021, The People's Forum organizó un diálogo con Mamryah Dougé-Prosper, Camille Chalmers y Sabine Lamour, activistas y organizadores que ofrecieron un análisis de la conyuntura actual de Haití, las implicaciones del imperialismo estadounidense para la democracia y el estado de las luchas populares. De esta conversación, compartimos los comentarios de Camille Chalmers, un querido compañero de muchas batallas internacionalistas y líder clave de la izquierda en Haití, miembro fundador del partido socialista Rasin Kan Pèp La. En 2019, junto con otras fuerzas democráticas y progresistas, Rasin Kan Pèp La lanzó el Frente Patriótico del Pueblo para movilizar en contra del régimen de Jovenel Moïse.

Estos días, la prensa internacional ha comenzado a prestar atención a lo que está sucediendo en Haití. Pero con demasiada frecuencia, muestran una visión muy limitada y exagerada de los eventos en Haití. Muchos agentes de los medios masivos mencionan un conflicto entre Jovenel Moïse del Parti Haitien Tèt Kale (PHTK) y la oposición. En realidad, la crisis haitiana es mucho más profunda.

No es una simple lucha de poder. Es una verdadera disputa por un proyecto mayor para la nación, por una visión diferente. Es una batalla esencial por el futuro del pueblo haitiano. Es una lucha que tiene implicancias regionales más amplias debido a que la relación histórica entre Haití y Estados Unidos ha estado en el centro de las relaciones entre Estados Unidos y toda la región del Caribe.

Desde esta perspectiva, comenzamos diciendo que Haití atraviesa actualmente una profunda crisis institucional y política. Es esencial analizar brevemente ciertos elementos que nos puedan ayudar a entender esta crisis.



Revolución y contrarrevolución

Primero es necesario resaltar la naturaleza de la Revolución haitiana que triunfó en 1804. Esta revolución introdujo un quiebre fundamental en el orden mundial dominante, a la vez que planteó un conjunto de preguntas aún sin respuesta en lo referido a las relaciones económicas y sociales entre las personas.

La Revolución haitiana planteó una crítica esencial a la dominación de los imperios europeos sobre países como los nuestros. Planteó todo un conjunto de nuevas dinámicas que nos permiten considerarla una revolución tanto anticolonial como antiesclavitud, en un momento en el que la esclavitud era un modo de acumulación dominante a nivel mundial. Fue una revolución antirracista. Fue también una revolución contra el modelo económico del sistema de plantación que se había impuesto en el Caribe en los dos siglos anteriores.

A partir de esta revolución, hay una serie de malos entendidos sobre la relación de Haití con el resto del mundo. Los imperios de hoy continúan aislando a Haití, al estilo de una cuarentena, para esconder del mundo el ejemplo de su revolución.

Es una especie de conspiración silenciosa. Pocas personas conocen la Revolución haitiana y, cuando se la menciona, el propósito es demonizar a Haití. Nuestro país es presentado como una tierra de magia negra, brujería y criminalidad perpetua para evitar que otras y otros comprendan lo que sucedió aquí. Para justificar la ocupación militar de Haití en 2004, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó la Resolución 1542 (2004), que autorizó la infame Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH, por sus siglas en francés) con la declaración de que Haití era “una amenaza a la paz y la seguridad internacionales de la región”. Esta frase nos remite al discurso dominante en contra de Haití en el siglo XIX.

Es de vital importancia reflexionar sobre la magnitud del peligro que Haití representa. Uno de estos peligros es su historia revolucionaria, que demostró que un país pequeño puede construir un proyecto contrapuesto a la lógica fundamental del orden capitalista.

En segundo lugar, para entender cabalmente lo que está sucediendo en Haití, debemos considerar que a lo largo del siglo XIX hubo una contrarrevolución exitosa que impidió que la revolución se extendiera

y cumpliera todas sus promesas. Una nueva oligarquía se estableció para reemplazar a las y los colonos blancos franceses, introduciendo nuevas relaciones de explotación y dominación. En este contexto, el siglo XIX fue testigo de luchas importantes en las que el campesinado entró en disputa con el Estado haitiano, que se había distanciado de las reivindicaciones populares. Una serie de movimientos campesinos cuestionaron el estado actual y su incapacidad de defender los intereses nacionales. Hacia fines del siglo XIX, las elites cedieron a aceptar la agricultura de pequeña escala como la forma dominante de producción económica establecida por insurrección popular. Todo esto comenzaría a cambiar con la primera intervención militar de Estados Unidos en 1915.

Días antes, el presidente haitiano Guillaume Sam, cuyo gobierno estaba ampliando las relaciones comerciales con Estados Unidos, ordenó la ejecución de 167 prisioneros políticos, a lo que la población respondió con una revuelta. Sam fue destituido y luego ejecutado. El presidente de Estados Unidos en ese momento, Woodrow Wilson, ordenó a los marines estadounidenses la ocupación de Haití y la represión de la insurrección popular. Entre 1915 y 1934, el ejército de Estados Unidos ocupó Haití y desarrolló una relación neocolonial, reorganizando sus fuerzas militares y reescribiendo la Constitución con el fin de permitir que la propiedad de la tierra pueda quedar en manos extranjeras. De esta forma, se aseguraron de que durante décadas Haití seguiría al servicio de las corporaciones estadounidenses.

Como excusa formal de esta ocupación se dijo que tenía por objetivo oponerse a las entonces poderosas influencias alemanas y francesas en Haití. Luego, rápidamente, Estados Unidos desplazó sus inversiones hacia afuera de Haití. En su lugar, Estados Unidos invirtió en la modernización de grandes industrias azucareras y sus plantaciones en Cuba y la República Dominicana. Para el desarrollo de esta industria, fue esencial la migración forzada de trabajadoras y trabajadores de Haití.

Desde entonces, Haití se convirtió en un proveedor de mano de obra barata para la industria capitalista de la región. También se generó en Haití una situación interna social y económica por la expulsión del campesinado de sus tierras, lo que tenía el objetivo de crear y

reproducir la pobreza y carencia. Esto creó un flujo interminable de trabajadoras y trabajadores migrantes para el abastecimiento de las industrias regionales (Cuba, la República Dominicana, el Caribe occidental, Estados Unidos, Canadá y Europa).

Entre 1915 y 1934, Estados Unidos se adjudicó el control político del país e instaló un presidente de su elección. El presidente era una especie de gobernador que representaba los intereses del imperialismo estadounidense y sus industrias. Smedley Butler, ex general de brigada de EE. UU., escribió una confesión en su libro *La guerra es una estafa* (*War is a Racket*, 1935): “Dediqué treinta y tres años y cuatro meses al servicio militar activo, y durante ese período pasé la mayor parte de mi tiempo como un matón de las grandes empresas, de Wall Street y los banqueros. En pocas palabras, era un estafador, un gánster del capitalismo”.

En este sentido es evidente que todo nuestro sistema político moderno en Haití está construido sobre los cimientos sentados por el Departamento de Estado de EE. UU. y los otros poderes imperialistas que tienen una influencia estratégica en la toma de decisiones. A raíz de esto, entre 1957 y 1986 tuvimos la dictadura de François Duvalier y su hijo, que causaron un agravamiento de la crisis que había comenzado en 1915. La misión de Duvalier era destruir el movimiento de resistencia popular porque los estadounidenses habían encontrado con una feroz oposición en varias guerras con los Cacos, grupos rebeldes armados que surgieron de levantamientos de esclavas y esclavos.

Tenemos un sistema político dominado por una política económica mandatada desde Estados Unidos y que reproduce todo un conjunto de mecanismos. Estos mecanismos de dominación fueron implementados luego del Convenio haitiano-estadounidense de septiembre de 1915, según el cual incluso si el parlamento haitiano ratifica una decisión, ésta no puede ser ejecutada sin la aprobación de la embajada estadounidense. Esta forma de dependencia del Estado de EE. UU. aceleró el saqueo imperialista y la devastación de los recursos de nuestro país. Por ejemplo, durante la ocupación estadounidense, Haití perdió entre el 25 % y 30 % de sus reservas forestales. Todo esto provocó la gran crisis de la década de 1980.

Rebelión popular e intervención extranjera

En 1986, un amplio movimiento popular tenía como meta poner fin a la crisis. No solo queríamos dejar de vivir en dictadura, sino también transformar el Estado. El programa del movimiento popular seguía dos objetivos principales: 1) acabar con la dictadura y 2) transformar el Estado. Queríamos un nuevo modelo de Estado que no esté al servicio de la oligarquía, no un Estado violento, no un Estado con la exclusión sistemática de los sectores populares, no un Estado vasallo que obedezca las órdenes estadounidenses. En el levantamiento de 1986 los sectores populares reclamaron una vez más su papel como agentes clave en el proceso político.

Sin embargo, desde 1986 hasta 2020, todas las presidencias han fracasado en desarrollar una política que esté a la altura de las reivindicaciones del levantamiento popular de 1986. Estos gobiernos lograron introducir algunas pequeñas reformas con un cierto grado de avance en áreas específicas. Aun así, no hubo una transformación estructural, ni de una perspectiva económica ni política, que asegure la viabilidad del sueño del pueblo haitiano, manifestado a través del quiebre radical del movimiento de 1986.

Cabe señalar que desde 1986 las fuerzas dominantes –tanto la oligarquía haitiana como las fuerzas imperialistas– lo intentaron todo para aplastar a los movimientos populares y reestablecer el Estado oligárquico. Con el fin de lograr destruir los movimientos populares, se formaron grupos paramilitares y escuadrones de la muerte (bajo los apodos de “agregados”, “zenglando” y actualmente “G9”) para llevar adelante varios golpes de Estado. La máxima expresión de esta estrategia fue el golpe de estado de 1991, que terminó con el régimen progresista de Jean-Bertrand Aristide, elegido menos de un año antes con una base en las masas populares. El objetivo era expulsar al sector popular del proceso político porque el imperialismo estadounidense y la elite haitiana habían construido un sistema político exclusivo sin la participación del pueblo.

El golpe de Estado habilitó la exclusión del pueblo de la esfera política por medio de ocupaciones militares. Es de suma importancia destacar la ocupación militar de la Misión de Estabilización en Haití de las Naciones Unidas (MINUSTAH), entre 2004 y 2015, ya que fue parte de un proyecto de militarización imperialista en la cuenca del Caribe, en

el contexto de los desafíos y las competiciones geopolíticas entre Estados Unidos y otras potencias mundiales.

Es indispensable reconocer que la puesta en marcha de la MINUSTAH responde a múltiples preocupaciones. Primero, someter definitivamente a los movimientos populares que reclamaban su lugar central en la esfera política. Segundo, responder a un nuevo elemento de la doctrina de seguridad estadounidense, según la cual la principal amenaza a los intereses estratégicos del imperio ya no eran los levantamientos campesinos, sino las barriadas marginales y las masas empobrecidas de las ciudades.

En consecuencia, si observamos el despliegue de la MINUSTAH en un mapa, veremos que el objetivo principal fue acabar con la resistencia de las barriadas urbanas. Por ejemplo, hubo una serie de masacres y ataques contra Cité-Soleil, la barriada más grande de Puerto Príncipe. Da la impresión de que fue una especie de experimento en la creación de un mecanismo doble de control y represión: represión militar contra las barriadas y control social a través de organizaciones sin fines de lucro que alegaban trabajar a favor del desarrollo y la ayuda humanitaria.

Al regresar a su país, muchos miembros de las fuerzas militares de Brasil consideraron a la experiencia de la MINUSTAH en Haití un entrenamiento en métodos de represión y control social para luego ser aplicados en las favelas de San Pablo y Rio de Janeiro. No es casual que el gobierno de Jair Bolsonaro haya nombrado a antiguos soldados que participaron de MINUSTAH en importantes puestos públicos, tal como ministros. Por ejemplo, Augusto Heleno, ex comandante de MINUSTAH durante 2004-2005, es actualmente el secretario institucional de seguridad y tiene un papel central en el gobierno de Bolsonaro.

Durante los 13 años de ocupación militar, la MINUSTAH agravó la crisis estructural de la sociedad haitiana a la vez que cometió crímenes graves contra el pueblo, incluyendo la violación masiva de mujeres, con decenas de miles de víctimas documentadas (aunque las cifras reales probablemente son aún más altas) y dejando huérfanos a una gran cantidad de niñas y niños.

HAITÍ: NOS ATREVEMOS A SER LIBRES

Uno de los otros crímenes cometidos contra el pueblo haitiano fue el brote de cólera en 2010, una enfermedad hasta entonces inexistente en Haití, con un total de 10.000 muertas y muertos, como mínimo. Al menos 800.000 personas contrajeron cólera, lo que también provocó un grave daño económico al país.

Por ende, es extremadamente importante entender las funciones y objetivos de la MINUSTAH en relación a la crisis de la sociedad haitiana y que representa un tipo de precedente que puede ser utilizado en otras crisis. Podrían recurrir a su supuesto “éxito”, como lo describió el ex secretario general de las Naciones Unidas Ban Ki-moon, para afrontar otras crisis que surgirán en el contexto de las iniciativas para recuperar el control imperialista del Caribe. Por ejemplo, el imperalismo estadounidense tiene muchas dificultades en relación a su proyecto de recolonizar el Caribe, en particular con Cuba y Venezuela, que le impiden tener control total de la región.



Rebelión Popular en Haití, 1986

La política de derecha en Haití y los intereses corporativos estadounidenses

Haití atravesó un trauma terrible con el terremoto del 12 de enero de 2010 que provocó 300.000 muertes y millones de víctimas. Las fuerzas de ocupación aprovecharon este desastre natural para diseñar una respuesta mucho más radical a la crisis con la creación del partido haitiano Tèt Kale (PHTK). El PHTK es un partido que se asemeja mucho a la creciente tendencia hacia la política de extrema derecha conservadora que está emergiendo en América Latina como parte del intento de recuperar control del continente. Ejemplos similares son Jair Bolsonaro en Brasil, Lenin Moreno en Ecuador, Mario Abdo Benítez en Paraguay, Nayib Bukele en El Salvador, etc. Si trazamos una tipología de estos dirigentes políticos, veremos una similitud asombrosa entre el ex presidente haitiano Michel Martelly (2011-2016), Donald Trump y Jair Bolsonaro. Todos ellos crearon una nueva fórmula de gestión política estilo “gánster”, efectiva en iniciar procesos de destrucción de las instituciones populares democráticas para instalar un reino oligárquico e imperialista de control absoluto.

La misión fundamental de PHTK, bajo el liderazgo de Michel Martelly y Jovenel Moïse, es precisamente acabar con el surgimiento de movimientos populares, erradicar los vestigios democráticos o sociales logrados por el levantamiento de 1986 y los movimientos populares y reestablecer un poder autoritario.

¿Por qué quieren un poder autoritario? Lo necesitan para someter definitivamente a los movimientos populares y eliminarlos del proceso político. Estados Unidos quiere completar con éxito los asuntos pendientes de su ocupación de 1915: transformar completamente a la economía haitiana en un apéndice de los intereses de las compañías multinacionales estadounidenses.

Con este fin, desarrollaron un conjunto de estrategias que definen cuatro áreas de crecimiento para el país. Paul Collier, un economista neoliberal británico especializado en países de bajos ingresos, fue enviado a Haití por las Naciones Unidas para establecer una nueva estrategia económica.

En su informe de 2009 al secretario general de la ONU, Collier escribió que el desarrollo de Haití debe basarse en zonas francas en cuatro áreas:

1. Subcontratación de la fabricación textil, exportando productos textiles a Estados Unidos
2. Exportaciones agrícolas y agro-industriales
3. Zonas francas mineras establecidas mediante un proceso de especulación emprendido en el norte del país
4. Zonas francas para el turismo, como Ile-a-Vache.

Sin embargo, un obstáculo considerable impedía implementar la estrategia de cuatro zonas francas: había terrenos que todavía pertenecían a campesinas y campesinos pobres, que eran la base de una economía familiar. Aun con muchos latifundios escondidos en Haití, sigue habiendo una gran cantidad de campesinas y campesinos ocupando la tierra que sería necesaria para establecer zonas francas. Es esto lo que sustenta el reciente giro político a la derecha. Necesitan un poder fuerte para imponer estos proyectos y someter toda resistencia que el campesinado pueda oponer a la transferencia de la propiedad de las tierras a compañías multinacionales.



Campeños en una cooperativa de arroz en el norte de Haití, 2017

Alegaciones inconstitucionales y las reivindicaciones del pueblo

Un gran número de críticos acérrimos han estado presionando por una reforma a la Constitución de 1987 para resolver políticamente el asunto de la propiedad de la tierra. Estos críticos alegan que el único y principal problema del país ha sido la Constitución de 1987. Detrás de estas alegaciones se esconde un intento de cambiar la Constitución para concentrar y centralizar el poder en el presidente de la república. Quieren reducir el poder y las incumbencias del parlamento. Quieren eliminar los espacios de participación en las comunidades pequeñas y reducir toda institución reguladora que represente controles y correcciones para el poder ejecutivo.

Este ha sido el proyecto principal desde que Jovenel Moïse asumió la presidencia en 2017, lo que generó nuestra situación actual. Es muy revelador que durante ninguno de los dos mandatos sucesivos de Martelly y Moïse hayan convocado a siquiera una elección en el país. Esto no es apenas por coincidencia, sino porque las elecciones nacionales no tienen lugar en sus planes. Si las elecciones son efectivamente la expresión del pueblo mismo, entonces para estas elites la política y la expresión del pueblo no van de la mano. Tienen una visión feudal del poder. Jovenel Moïse instaló una dictadura en la que solo él toma todas las decisiones.

Desde enero de 2020 han logrado eliminar los poderes del parlamento y, hasta hoy, han expedido 45 decretos, cada uno de los cuales destruye libertades, todos en manifiesta contradicción con el espíritu y la letra de la Constitución de 1987. Estos decretos han permitido el accionar arbitrario de represión policial y militar, lo que ha resultado en la criminalización de la protesta social y de los movimientos populares en general.

Esta es la situación actual del país. Ahora Jovenel Moïse creó un equipo de cinco personas que trabajan de manera casi clandestina en el Palacio Nacional en la redacción de un texto constitucional sin consulta alguna con el pueblo. En circunstancias normales, el referéndum tendría dos etapas: debería haber habido una primera etapa para consultar a la población si es que quieren cambiar la Constitución y una segunda etapa para proponer una nueva constitución.

No se molestaron en cumplir con estas distintas etapas. Hay un nuevo texto constitucional que será presentado durante el referéndum del 25 de abril de 2021. A tal fin, han designado un consejo electoral totalmente ilegal e inconstitucional, rechazado por todos los sectores del país y sin el menor grado de legitimidad. Al mismo tiempo, han encomendado a este consejo electoral la aprobación de una nueva constitución y la celebración de elecciones legislativas y presidenciales a fines de 2021.

Ante este Proyecto, podemos decir que la población de Haití se ha levantado de manera vigorosa y creativa, con gran dignidad durante varios años. Desde la famosa movilización del 22 de enero de 2016, cuando el pueblo se negó a celebrar las elecciones presidenciales con un solo candidato, ha seguido un ciclo continuo de movilizaciones. Por ejemplo, entre 2017 y 2018 se dieron las famosas movilizaciones contra el presupuesto. El pueblo rechazó una propuesta presupuestaria que estaba caracterizada, con razón, como criminal. El Estado haitiano se encontró en una situación de crisis fiscal y, para responder a esta crisis, subieron notablemente los impuestos. Sin embargo, luego de las órdenes de la comunidad internacional de incrementar en un 54 % los precios minoristas de productos petrolíferos, las movilizaciones populares alcanzaron un nuevo pico en julio de 2018. La población se involucró en un levantamiento popular que paralizó al país durante casi una semana. Como resultado, a lo largo de 2018 y 2019 hubo movilizaciones masivas en las que millones de ciudadanas y ciudadanos haitianos tomaron las calles para decir '¡NO!' al retorno de la dictadura, '¡NO!' a este régimen. Las haitianas y haitianos quieren ampliar los logros democráticos de 1986.

Una manifestante en una protesta en Puerto Príncipe, 2019



Represión estatal renovada y el renacer de la solidaridad internacional

El régimen de Moïse sacó provecho del COVID-19 para retomar el control de la situación y, durante este período, ha organizado nuevos mecanismos y herramientas de represión, tales como el “G9”. El G9 es una federación de pandillas con el propósito de aterrorizar a la población para instalar una atmósfera de miedo. El G9 llevó adelante una docena de masacres en barrios de clase trabajadora entre 2018 y 2020, incluyendo la infame masacre de Cité Soleil en noviembre de 2018.

Este régimen se manifiesta nostálgico del régimen de Duvalier, buscando reinstaurar la dictadura y gobernar por medio del terror. Es un régimen en el que un solo hombre puede decidir todo. En este sentido, ha recibido todo el apoyo del gobierno de Donald Trump y otros países imperialistas (Canadá y Europa), que han hecho oídos sordos a los abusos, los niveles de indecencia e inmoralidad demostrados por los políticos haitianos, las masacres criminales y la destrucción que han causado.

Hoy tenemos a gente como la embajadora de EE. UU. Michele J. Sison y la jefa de la Oficina Integrada de las Naciones Unidas en Haití (BINUH, por sus siglas en francés) Helen La Lime. Ellas, en la práctica, son militantes del PHTK y no pierden oportunidad de apoyar a Jovenel Moïse. También utilizan a Jovenel Moïse en la estrategia regional en contra del gobierno bolivariano de Venezuela; en la Organización de los Estados Americanos, Haití votó a favor de la intervención militar de Estados Unidos en Venezuela. Además, Moïse podría servir fácilmente como una especie de caballo de Troya contra la Comunidad del Caribe (CARICOM), una organización de quince Estados y dependencias a lo largo de la región que promueve la integración económica y cooperación entre sus miembros. El objetivo de EE. UU., a través de Moïse, es destruir la unidad de CARICOM respecto a una serie de asuntos de extrema importancia, en particular la elección del gerente general del Banco Interamericano de Desarrollo.

El imperialismo estadounidense pretende retomar el control del continente derrotando de una vez por todas los esfuerzos de Lula da Silva y Hugo Chávez, ya sea la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) o bien la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

El 7 de febrero de 2021 comenzó una nueva etapa de la crisis, marcada por el hecho de que, según lo establecido en la Constitución, el mandato de Jovenel Moïse finalizaba ese día.

Este es un principio constitucional que él mismo implementó contra el parlamento en enero de 2020. Nuestro presidente es un usurpador que ha decidido seguir en el poder hasta el 7 de febrero de 2022. Esta es una táctica para lograr instaurar la agenda imperialista de reformar la Constitución de 1987, para traspasar el mandato a un equipo político íntegramente comprometido con los ideales de la extrema derecha y para reinstaurar una dictadura similar a la que se vivió durante 29 años bajo el régimen de Duvalier.

Hoy estamos atravesando una situación crítica que pone en riesgo al pueblo de Haití. La vida de cada persona está en peligro a causa de una represión más fuerte, más intensa, que ha alcanzado niveles extraordinarios, incluyendo el arresto, golpiza y tortura de un juez de la Corte Suprema.

Es indignante ver los arrestos arbitrarios sistemáticos y que la protesta se ha criminalizado y reprimido con tanta violencia como sea posible. Moïse está avanzando con su agenda, que ya ha restaurado algunos elementos evidentes de la dictadura de Duvalier. También tiene la intención de acelerar el proceso de saqueo de los recursos de Haití en beneficio de compañías estadounidenses y europeas.

Quisiera cerrar comentando que, en materia de solidaridad, los últimos años hemos logrado un despertar esencial como movimientos populares en América Latina. Creo que muchos movimientos entienden lo que está en juego y el impacto de lo que está sucediendo en Haití, así como la importancia de estar presentes junto al pueblo haitiano en estas batallas; en particular el apoyo del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) de Brasil, que tiene una presencia fuerte entre nosotras y nosotros y fundó la Brigada de Solidaridad Dessalines. Esta Brigada ha estado trabajando en Haití desde 2009 con campesinas y campesinos de diferentes áreas.

HAITÍ: NOS ATREVEMOS A SER LIBRES



Protesta en Puerto Príncipe para exigir la renuncia del presidente Jovenel Moïse, 2019.

ARTE



© Reynaldo García Pantaleón, "Lutte Éternelle."
Aceite, 1999-2021.

1894[®]
books